

*A todos mis amigos —lectores y escritores— de Ábretelibro,
Pasapágina y Ciberanika, así como a la asociación
malagueña Mejorconunlibro, por su excelente labor como
promotores de la literatura.*

A mi esposa y a mis hijos, por su apoyo y comprensión.

*A José Miguel Romaña, mi agente literario,
por su extraordinaria labor y tenacidad.*

*A Francisco J. Illán Vivas,
por atreverse a prologar esta historia.*

En la última persecución de la Santa Iglesia Romana se sentará Pedro el Romano, que apacentará las ovejas entre muchas tribulaciones; pasadas estas cosas, la Ciudad de las Siete Colinas será destruida y el Juez Terrible juzgará al pueblo.

San Malaquías

La profecía bíblica, que dice que la Tierra será arrasada por «el fuego y las cenizas de azufre del cielo», está ahora muy cerca de cumplirse.

Teniente coronel retirado Thomas E. Bearden,
de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos

Tenemos un arma nueva. Está solo dentro de la carpeta de nuestros científicos, por así decirlo, la cual es tan poderosa que si se usara sin control podría eliminar toda la vida en la Tierra. ¡Es un arma fantástica!

Nikita Khrushchev hablando al
Presidium del Soviet Supremo, enero 1960

PRÓLOGO DEL AUTOR

Leí que desde el principio del mundo el hombre ha sentido la necesidad de evadirse de la realidad a su alrededor y dejar volar la imaginación, visitando parajes que, o bien solo existían en su mente, o bien le eran tan lejanos que solamente así podía visitarlos. Desde los tiempos primigenios hasta el mundo actual, con sus revolucionarias tecnologías y formas de comunicación, esa inquietud, esa necesidad de evadirse, ha ido desarrollando muchas formas creativas, pero la escritura es el mejor cultivo donde crecer.

Como Borges, siempre he identificado literatura con literatura fantástica: sin imaginación no existiría escritura literaria. En efecto, tan fantásticos son *Don Quijote* o *Robert Langdon*, *Nébulos* o *Gandalf*, como *Reverendo*, personaje de esta novela.

Y si hace unos años, brevísimos en la historia de la escritura literaria, nadie se hubiese atrevido, ahora escribir sobre la religión, y mucho más sobre la cristiana, ha creado casi un género donde Brown es el máximo exponente. Claro que no solo los escritores tienen la culpa, pues vivimos en un tiempo donde la pérdida de valores es lo que caracteriza a nuestra sociedad globalizada occidental y, en España, en particular, donde marchamos en una carrera hacia lo absurdo: des-cristianizar, como lo adjetivaba Ansón en una de sus *canelas*

finas, o, lo que es lo mismo, romper con nuestra tradición, con nuestra cultura.

Pero, ¿podemos olvidar de dónde procedemos? ¿Podemos olvidarnos de la importancia de la tradición judeo-cristiana en nuestra sociedad? ¿Podemos romper con nuestra cultura grecorromana? Cuando escribo esto, en el canal de pago están proyectando *300*, la película basada en el cómic de Frank Miller que recrea la batalla que enfrentó a un exiguo ejército contra las hordas invencibles del emperador persa Jerjes, y que permitió a Europa conocer la democracia, y con ella, incluso con lo que representaba la reina Gorgo (¡qué importantes sus palabras al embajador persa!), todo cuanto vino después.

Con lo anterior, os he citado las características de la novela que os disponéis a leer: literatura de evasión, un mundo global, nuevas y aterradoras tecnologías y una víctima propiciadora: la religión cristiana; campos todos ellos en los que Patrick Ericson se nos muestra como un consumado jugador, porque de juego también se trata: un apocalíptico juego de rol.

Patrick escribe de tal forma que el lector se siente involucrado, llegando a creer que él mismo está viviendo las aventuras de *Sirius Dyer* en su búsqueda de qué se esconde tras el número de la Bestia. Siempre he dicho que ese es el principal objetivo de la literatura, para escapar de la crisis que nos azota en este principio del siglo XXI, de las mentiras que nos adocean, vestidas de verdades, meternos de cabeza en la lectura de evasión, sin más, por puro placer, que ya regresaremos a esas falsedades que, sin duda, volverán a traernos el lado gris de nuestra existencia y los vaticinios de la ruina que se nos avecina por la adicción humana al CO₂.

He tenido el placer de leer todo lo publicado por Patrick, que se maneja como un experto conocedor de la teoría del iceberg en la escritura: se debe decir cuatro veces menos de lo que se sabe para lograr una atmósfera que atrape la atención

del lector. Y así ha ido agarrándonos con cada nuevo título y, el último de ellos, *Génesis, el ritual Rosacruz*, es una muy recomendable novela que se desarrolla en París en 1780, y donde el autor ya se nos muestra como un curtido paladín de las letras. En la novela que tienes en las manos ha profundizado más y nos sorprenderá con su conocimiento de armas sobre las que el resto de la humanidad estamos en la ignorancia, las armas electromagnéticas y el peligro que supone Internet.

Como experto conocedor del arte de saber qué se va a contar y qué no se habrá de contar, al final de la novela estaréis con que el autor no ha querido desprestigiar a la religión cristiana; muy al contrario, y espero que recordéis estas palabras: *No mires nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y conforme a tu palabra llévala a su perfección por la caridad.*

Por mi parte, solo añadir que concluí este prólogo en el metro de París, no podía ser de otra forma, en dirección Concorde-Balard. Cuando llegué a la última estación, no me bajé y seguí escribiendo en mi pequeña libreta de notas, ahora con destino a Créteil, y de ahí, nuevamente hacia Balard. Mientras veía pasar estaciones (Saint-Denis, Opéra, Madeleine, Concorde, Invalides...) las palabras surgían inesperadamente, en esta ciudad tan relacionada con los misterios y el *thriller* gracias a las novelas de Dan Brown y de Patrick Ericson.

Francisco Javier Illán Vivas
París, 10 de diciembre de 2008

PRÓLOGO

*6 de junio del 2006
En algún lugar perdido de Ucrania...*

Se escucharon unos golpes en la puerta. Vladímir Treblenko miró un instante a sus compañeros, asintiendo con un gesto de cabeza. El más joven fue a abrir mientras los demás empuñaban sus armas, dispuestos a disparar en caso de que no fuera la persona que estaban esperando.

—No es necesario —les advirtió el ex comandante del KGB, dándoles a entender que bajasen sus fusiles de asalto Kalashnikov.

La puerta se abrió para dar paso a un hombre vestido de negro, en cuya mano derecha llevaba un maletín encadenado a la muñeca. A través del cristal de las gafas las pupilas vidriosas del recién llegado observaron detenidamente a sus proveedores. Eran hombres que, antaño, formaran parte de la imponente maquinaria soviética, y que ahora, despojados de todos sus cargos y privilegios, sobrevivían gracias a la venta ilícita de material bélico, e información privilegiada, al mejor postor.

Odiaba a esa clase de gente, pero los necesitaba para llevar a cabo su juego de destrucción.

—Buenas tardes, caballeros —comenzó diciendo en un ruso escasamente comprensible. Luego, se dirigió al jefe del

grupo—: Tal y como pactamos la última vez que nos reunimos, he traído el dinero. Ahora es tu turno, Vladímir.

Sin perder más tiempo en circunloquios, el recién llegado sacó una llave dorada del bolsillo de su chaqueta y la introdujo en la cerradura, girándola hacia un lado. Liberado del cepo que iba sujeto a la cadena, dejó el maletín de cuero sobre la mesa y esperó, circunspecto, a que lo abrieran.

Fue el mismo Treblenko quien se acercó al maletín de ejecutivo para asegurarse de que el visitante había cumplido su parte del trato. En efecto, en su interior se encontraban, en perfecto orden, los fajos de billetes de mil dólares americanos. Allí había un total de cinco millones.

—Esto es solo la mitad de lo acordado —objetó el ex comunista, quien actuó con sensatez, y no le pegó un tiro en la cabeza porque sospechaba que *Reverendo* (nombre clave de su contacto) había decidido cubrirse las espaldas.

El hombre de los ojos grises sonrió sin ningún temor. Se le veía muy seguro de sí mismo.

—El resto te será transferido cuando abandone el país —dijo con voz de hielo.

Tal y como sospechara en un principio, Vladímir Treblenko fue consciente de que tendría que confiar en el hombre del maletín, cosa que no le preocupaba en absoluto. *Reverendo* era demasiado inteligente como para mentirle. Es más, estaba seguro de que todo marcharía perfectamente, ya que si aquel individuo había sobrevivido a la vorágine de los negocios era porque cumplía fielmente un código de honor no escrito. Estaba tratando con un frío profesional; de eso no tenía la menor duda. Además, sabía perfectamente dónde encontrarle en caso de incumplir su palabra.

A pesar del murmullo de descontento de sus compañeros, el antiguo comandante de la Inteligencia soviética sacó los dos maletines de debajo de la mesa y los colocó a ambos lados del dinero. Acto seguido le entregó al desconocido un sobre cerrado con el código de acceso.

—De acuerdo, aquí los tienes... —le dijo en tono impersonal, aceptando sin más sus condiciones de pago en dos plazos—. El manejo es bien sencillo, pues solo hay que introducir la clave correspondiente en la memoria del equipo de detonación que va conectado al maletín, y activarlo cuando creas necesario. Para ello, hay que estar a menos de kilómetro y medio de distancia del objetivo que desees destruir, lo que supone que quien lo haga detonar se convertirá en un mártir de su propia causa... —Una mueca furtiva cruzó su rostro y, tras ello, añadió—: En caso de querer cancelar el programa, dispondrás de una hora. Solo tendrías que introducir de nuevo la clave. Transcurrido ese tiempo, habrá una pausa de tres segundos antes de producirse la explosión.

—¿Qué habría que hacer, si una vez desconectado el sistema de ignición, decidiera volver a programarlo? —inquirió *Reverendo*.

—En ese caso, tendría que facilitarte un nuevo código de acceso... —Vladimir sonrió con causticidad, entregándole un sobre donde iba escrita la clave—. Pero espero, por tu bien, que no cambies de idea.

El misterioso personaje asintió en silencio. Era el modo más sincero de decirle que no pensaba traicionar su confianza, y que recibiría el dinero convenido.

—¿Y qué hay de Leviatán? —quiso saber *Reverendo*, que apoyó su mano en el maletín de la izquierda.

—Es un prototipo. Mi país jamás llegó a utilizarlo, pero se hicieron varias pruebas en nuestras computadoras.

—¿Funcionará?

—Sí, pero siempre y cuando esté en manos expertas... —Entonces, Treblenko se giró, señalando a un joven de cabello rubio que sonreía displicente tras el grupo armado—. Sergéi es nuestro mejor hombre... ¿Quieres que te enseñe a manejarlo?

—No hace falta. Sabré arreglármelas... —*Reverendo* tendió su mano hacia el que fuera oficial del KGB—. Gracias por el ofrecimiento.

—Espero no volver a verte en mi vida —dijo Treblenko, que a continuación se la estrechó con fuerza.

—Eso nunca se sabe... —*Reverendo* le miró a los ojos—. Los caminos del Señor son inescrutables.

Dicho esto, aferró con fuerza los maletines y se marchó de la vieja cabaña, dándole la espalda al grupo de mercenarios.

Con paso lento, debido a los varios centímetros de nieve que cubrían la senda de la colina, se dirigió al automóvil que aguardaba, unos cuarenta metros más abajo, junto al arcén de la carretera, con los intermitentes de posición encendidos. Caló su sombrero, y alzó el cuello del gabán mientras caminaba abstraído en sus pensamientos.

Aquella mañana hacía un frío glacial.

1

Washington, D. C., 21 de marzo de 2008

El vicealmirante O'Donnell viajaba en el asiento trasero de uno de los automóviles blindados del Departamento de Defensa de Estados Unidos, camino de Fort Meade, mientras leía con atención el fax que le había enviado el teniente general James T. Bennett, de la Fuerza Aérea, desde la oficina central de la NSA (National Security Agency). Lo único que explicaba era la interceptación y procesamiento de un mensaje codificado, uno de los tantos miles de millones que registraban al cabo del día. No comprendía muy bien la apremiante necesidad de reclamar su presencia en la sede central, y menos cuando aquella misma mañana tenía una reunión importante con el presidente en la Casa Blanca; a no ser, claro, que el texto fuese una declaración de guerra, o algo parecido.

Desconcertado, O'Donnell dejó el folio sobre el asiento y observó el paisaje a través de la ventanilla.

No pudo evitarlo, pero sonrió satisfecho. Desde que fuese aprobado el Proyecto Echelon —en la década de los setenta—, e incluido dentro del programa de defensa de la alianza UKUSA*, con el fin de interceptar las comunicaciones del planeta que representasen un serio peligro para los países asociados, eran varias las tentativas terroristas y operaciones de narcotráfico que habían sido desmanteladas con rotundo

* La comunidad UKUSA está compuesta por seis naciones: Estados Unidos, Canadá, Reino Unido, Australia y Nueva Zelanda.

éxito. Es cierto que la gran sorpresa fue el ataque de Al Qaeda contra el World Trade Center, y eso que durante un tiempo temieron un atentado en territorio estadounidense por parte de radicales islámicos. Su único error fue bajar la guardia, por lo que no fueron capaces de prever lo que habría de ocurrir. De ello aprendieron a no infravalorar jamás el potencial de sus fanáticos enemigos. Por ese mismo motivo, el Gobierno había desviado gran cantidad de dinero del presupuesto nacional para la mejora y ampliación del proyecto. Así las cosas, el programa informático Echelon salvaguardaba, por decirlo de algún modo, la seguridad del país y la de sus aliados.

En realidad, Echelon era la mayor red de espionaje de la Historia. Su función consistía en interceptar y analizar todos los *e-mails* que circulaban por Internet, además de las llamadas telefónicas, faxes, y ondas electromagnéticas de todos los países del mundo. Y todo era posible gracias al control de más de un centenar de estaciones fijas y satélites geoestacionarios ubicados por todo el planeta. El programa permitía detectar gran parte de las comunicaciones que pudieran realizar los usuarios, y desviar hasta Fort Meade, para su estudio y procesamiento, los mensajes que levantasen cierta sospecha de conflicto. Su función era bien sencilla: las supercomputadoras, conocidas como «Diccionarios», interferían los correos electrónicos —y también las conversaciones entre móviles— que contuvieran ciertas palabras catalogadas de sospechosas, tales como: «terrorismo», «bomba», «atentado», «nuclear»... etc. A dicho procedimiento se le denominaba «Control Estratégico de las Telecomunicaciones», y permitía interceptar más de tres mil millones de mensajes diarios. No en vano, los grupos internacionales para la defensa de los derechos civiles habían bautizado el proyecto con el gracioso apodo de «La Gran Oreja».

Poco después, el automóvil blindado donde viajaba el vicealmirante de la U. S. Navy giró hacia la izquierda y entró en una carretera señalizada cuyo cartel decía: «Solo para empleados de la NSA».

Para entonces, Frank O'Donnell había superado la inquietud que sintiera en un principio.

—Frank, me alegro de verte... —Bill Gordon, mano derecha del secretario de Defensa, Robert Gates, al dirigir la secretaría de este, estrechó la mano del vicealmirante—. Lamento que no pudieras almorzar con el presidente, pero el mensaje es de lo más apocalíptico y provocador que puedas imaginar. Tienes que verlo con tus propios ojos.

Había coincidido con él nada más al salir del ascensor. Bill llevaba un atadizo de carpetas bajo el brazo, síntoma inequívoco de que el gabinete de crisis había sido convocado. La urgencia con que hablaba le hizo pensar a O'Donnell que ya debían estar esperándoles en la sala de reuniones.

—¿Habéis llamado a Sirius? —quiso saber el recién llegado.

—Acaba de llegar... —respondió Gordon mientras caminaban por los pasillos de la última planta del edificio. Luego, entre dientes, masculló—: Tienes demasiada fe en ese hombre.

El vicealmirante hizo como si no le hubiese escuchado, adelantándose a abrir la puerta de la sala donde se hallaban reunidos los máximos responsables de seguridad nacional.

—¡Buenos tardes, caballeros! —saludó el militar al entrar, sentándose en uno de los dos sillones que presidían la mesa—. Espero que sepan perdonar mi retraso.

—Nos hacemos cargo, Frank —fue el comentario de su viejo amigo James T. Bennett, quien ocupaba el asiento de al lado.

El vicealmirante buscó con la mirada a Sirius Dyer, jefe del Departamento Mind Control de Psicología Criminal. Le encontró junto a Arthur Coleman, comandante de la *Intelligence and Security Command*. Se sintió más tranquilo al saber que contaban con su dilatada experiencia.

—¡Bien! —exclamó el teniente general de la USAF, poniéndose en pie—. El motivo por el cual nos hemos reunido

responde a la necesidad de valorar el significado del mensaje interceptado esta madrugada, exactamente a la cinco cuarenta y dos. Y ahora, antes de continuar con las explicaciones, desearía que prestaran atención al vídeo que vamos a ver.

Bennett disminuyó la intensidad de la luz, pulsando un mando a distancia que había sobre la mesa. Un retrato enorme de George Washington, que colgaba de la pared de la sala, descendió lentamente para dejar al descubierto un televisor empotrado en el muro. Segundos más tarde, pudieron leer un texto escrito en la pantalla:

Manifiesto del terrorista

Clamó en mis oídos con gran voz diciendo: Los verdugos han llegado, y cada uno trae en su mano su instrumento para destruir... Pasad por en medio de la ciudad, por en medio de Jerusalén, y matad; matad a viejos, jóvenes y vírgenes, niños y mujeres, hasta que no quede ninguno, pues la tierra está llena de sangre, y la ciudad está llena de perversidad... Y los muertos caerán en medio de vosotros; y sabréis que yo soy Jehová.

Si, como creo, están leyendo el manifiesto, querrá decir que han conseguido interceptar mi correo electrónico. Se preguntarán cuál es el sentido de este galimatías de versículos sagrados. Pues bien, esto es un juego de rol, juego que dio comienzo el día de la Bestia y que finalizará tantos días después como su nombre indica, coincidiendo con el tercer aniversario de la muerte del quinto rey. Participarán cuatro jugadores, pero solo dos de ellos llevarán consigo el fuego y la marca de la Bestia en su mano. Su finalidad será reunirse en el lugar denominado Armageddon. Los otros dos serán un simple señuelo. Eso me dará ventaja.

Y miré, y he aquí un caballo blanco; y el que lo montaba tenía un arco; y le fue dada una corona, y salió venciendo,

y para vencer... Y salió otro caballo, bermejo; y al que lo montaba, le fue dado poder para quitar de la tierra la paz, y que se matasen unos a otros; y se le dio una gran espada... Y miré, y he aquí un caballo negro; y el que lo montaba, tenía una balanza en la mano... Miré, y he aquí un caballo amarillo, y el que lo montaba, tenía por nombre Muerte, y el Hades le seguía... Y fueron desatados los cuatro ángeles, que estaban preparados para la hora, día, mes y año, a fin de matar a la tercera parte de los hombres... Y daré a mis dos testigos que profeticen por mil doscientos sesenta días, vestidos de cilicio.

Me propongo retransmitir en directo el mayor atentado de la Historia. Al igual que todo juego, tiene su aliciente, y el suyo será impedir que llegue a su fin. Pero solo si son capaces de descifrar el misterio más controvertido de la humanidad: ¿A quién pertenece el número de la Bestia? Deberán solucionar el enigma, ya que me serviré de él para conjurar a los demonios del Apocalipsis. Una vez que conozcan el significado de la marca del Anticristo, solo les quedará seguir la pista de los jugadores, y darles caza.

Entonces el dragón se llenó de ira contra la mujer; y se fue a hacer la guerra contra el resto de la descendencia de ella, los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo... Después vi otra bestia que subía de la tierra; y tenía dos cuernos semejantes a los de un carnero... Y hacía que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se les pusiese una marca en la mano derecha, o en la frente; y que ninguno pudiese comprar ni vender, sino el que tuviese la marca o el nombre de la bestia, o el número de su nombre. Aquí hay sabiduría. El que tenga entendimiento, cuente el número de la bestia, pues es número de hombre. Y su número es seiscientos sesenta y seis.

En cuanto al lugar exacto donde he pensado llevar mi «Evangelio», solo puedo decir que cada uno de los jugadores contará con un destino distinto. Eso dificultará la búsqueda

da. Únicamente si son capaces de rastrearlos, podrán evitar la tragedia.

Vi a la mujer ebria de la sangre de los santos, y de la sangre de los mártires de Jesús... Yo te diré el misterio de la mujer, y de la bestia que la trae, la cual tiene las siete cabezas y los diez cuernos... Las siete cabezas son siete montes, sobre los cuales se sienta la mujer, y son siete reyes. Cinco de ellos han caído; uno es, y el otro aún no ha venido; y cuando venga, es necesario que dure breve tiempo. La bestia que era, y no es, es también el octavo; y es de entre los siete... Y la mujer que has visto es la gran ciudad que reina sobre los reyes de la tierra.

Yo soy el Alfa (α) y la Omega (ω), el principio y el fin, el primero y el último. No selles las palabras de esta profecía porque el tiempo está cerca. El que tenga oídos, que oiga, y el que tenga ojos, que vea.

| | | | |
|----------|----------|----------|----------|
| * | I | R | A |
| I | A | * | N |
| L | N | S | E |
| M | I | L | L |

—Esto no es lo más alarmante —opinó el teniente general Bennett—, sino lo que viene a continuación.

En efecto; tras el texto, los allí congregados pudieron ver el comienzo de una cinta de vídeo. Lo primero que apareció en pantalla fueron los pantalones de color negro, y los zapatos de alguien que abría la puerta de un automóvil. Luego pudieron observar una senda pedregosa cubierta con varios centímetros de nieve, la cual conducía a una cabaña de made-

ra situada en lo alto de una ladera, rodeada de cedros y abedules. La cámara de vídeo, por la elevada panorámica, debía estar camuflada en algún objeto a la altura de sus ojos, tal vez unas gafas o un sombrero.

Segundos después, tras llegar al refugio para cazadores, vieron —siempre a través del objetivo de la cámara— cómo el sujeto vestido de negro entraba en su interior con el fin de reunirse con un grupo de hombres que aguardaban su llegada: mercenarios armados con fusiles de asalto AK-47 de fabricación soviética. Hubo un cruce de saludos entre el visitante y sus anfitriones, y también un intercambio de maletines; transacción comercial que resultó provechosa para ambas partes, según pudieron constatar.

Llegado a este punto de la cinta, los reunidos en la sala se agitaron en sus asientos mientras intercambiaban comentarios que no dejaban de ser aserciones de carácter confidencial que todos conocían. Varios de ellos, entre los que estaban Richard Vanderbird —secretario del director general de la CIA— y el general Howard Peck —portavoz del Pentágono—, reconocieron de inmediato, como cabecilla del grupo, a Vladímir Treblenko, quien fuera comandante del KGB y responsable directo del robo de varios maletines nucleares tras la disolución de la antigua Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. El hecho de que estuviese presente en la negociación les confirmó que el manifiesto interceptado no era la típica broma de un osado internauta. Les gustase o no, lo que acababan de visualizar era el comienzo de una de las pesadillas más apocalípticas con las que se había enfrentado jamás el gabinete estadounidense de crisis: la compra de dos maletines nucleares con una capacidad unitaria destructiva de un kilotón, y ello por parte de una nueva y, hasta ahora, desconocida célula terrorista.

Las luces de la sala volvieron a encenderse.

—¿Qué sabemos del mensaje? —preguntó el vicealmirante O'Donnell, que, preocupado, torció el gesto.

Bennett le dirigió una mirada ciertamente embarazosa.

—Muy poco... —respondió en voz queda—. La señal de rastreo nos conduce hasta un ciber-café situado en el barrio latino de París.

—¿Y qué hay del usuario receptor? —quiso saber Bill Gordon.

—El *e-mail* fue enviado a la página web de un centro comercial de Orlando, una de nuestras tapaderas... —atajó Richard Vanderbird, que después se encogió de hombros—. Nosotros somos los destinatarios.

La respuesta del secretario del máximo responsable de la «Compañía» sacó de dudas a sus interlocutores, haciéndoles meditar en incómodo silencio sobre el significado oculto de aquel mensaje tan hostil como enigmático.

—Quienquiera que sea ese malnacido, sabe muy bien lo que está haciendo. —Dyer llamó la atención de los congregados, al haber reflexionado en voz alta con gravedad.

A Gordon nunca le gustó el modo en que el jefe del Departamento de Psicología Criminal demostraba sus aptitudes en público. Apenas conocía al presunto terrorista, cuando ya le estaba haciendo un perfil. No tuvo más remedio que rebatir el comentario, aunque solo fuera para poner en entredicho su solemne afirmación.

—El hecho de que supiera cómo ponerse en contacto con nosotros, no quiere decir nada —alegó con firmeza—. No es la primera vez que hay una infiltración. Incluso puede ser que las imágenes estén manipuladas.

Frank O'Donnell ladeó la cabeza.

—Una afirmación arriesgada, a mi entender —incidió el vicealmirante, saliendo en defensa del psicoanalista—. El terrorista ha sabido ganarse nuestra atención, lo que demuestra que no es un principiante. Aunque también es cierto que antes de comunicarlo a la Casa Blanca deberíamos examinar el asunto con objetividad.

—Volviendo al comentario de Bill, he de decirles que hemos escaneado el rostro de Treblenko. Sus medidas faciales coinciden con las de otras imágenes que poseemos de él. —Tras esa afirmación, el teniente general Bennett confirmó que, efectivamente, se trataba del ucraniano.

—Supongo que sabremos algo más de ese terrorista... ¿No es así? —inquirió Howard Peck, desde el otro lado de la mesa oval.

Bennett conocía desde hacía años al general de una estrella. Su amistad se remontaba al inicio de la Guerra de los Balcanes. Sabía de antemano que no le iba a gustar la respuesta que pensaba ofrecerle.

—Apenas han transcurrido tres horas... —El tono de su voz denotaba cierto fracaso—. Es todo cuanto tenemos, al menos de momento.

—Eso nos coloca en una situación desfavorable —apuntó Coleman.

—Solo hasta que analicemos el texto en profundidad —añadió Dyer, que arqueó sus bien pobladas cejas—. Las palabras expresan sentimientos, y a través de ellos podemos interpretar el carácter de nuestro hombre y formarnos una idea de contra quién nos enfrentamos.

—¿Podrás hacerlo? —Fue el vicealmirante O'Donnell quien le puso a prueba.

—Sí, hasta donde me permite el mensaje. Pero necesitaré una copia del manifiesto y algo más de tiempo... —Chasqueó la lengua y añadió—: Y por supuesto, también a mi equipo.

—Tendrás toda la ayuda que sea necesaria —prometió Bennett, solemne—. Yo mismo supervisaré la operación de traslado de tus hombres. Estarán aquí antes de una hora.

—Por lo pronto, lo primero que hemos de hacer es enviar un comunicado al presidente, al secretario de Defensa, y también a la Junta de Jefes de Estado Mayor —propuso Bill

Gordon—. Aún no sabemos si la amenaza va a tener lugar en suelo norteamericano.

—Estoy de acuerdo —apoyó Richard Vanderbilt—. Es indispensable formalizar un plan de actuación en caso de que ese terrorista decida atacar una ciudad superpoblada, como Nueva York o Los Ángeles.

Mientras los miembros del gabinete de crisis deliberaban qué era o no prioritario, Sirius Dyer cerró los ojos para reflexionar en silencio. Había algo en la actitud del supuesto terrorista que le resultaba desconcertante, y era el hecho de convertir el atentado en un juego particularmente ritualista. Además, existía otro detalle harto significativo: el mensaje no iba firmado, ni decía pertenecer a ningún grupo extremista; tampoco formulaba una petición concreta, cualquiera que fuese el chantaje, a cambio de evitar el holocausto nuclear.

Era la primera vez en su vida que se enfrentaba a un individuo con un intelecto tan cerebralmente activo como el suyo. Y eso logró inquietarle bastante más que el manifiesto en sí.